

Hacen bien sin medida.

Y su existencia ha recobrado su tranquilo curso como arroyo que trocado por la tempestad en impetuoso torrente, vuelve á correr sósegado entre floridas márgenes.

FIN DE LA NOVELA.

LOS DOS PAÑUELOS.



Una mañana de estío no pudiendo dormir á causa de haberse olvidado la doncella de correr las cortinas de la ventana, la condesa Valentina se levantó resuelta á dar un paseo por el campo.

—Será delicioso, pensó, hacer una escapatoria por entre las hojas bañadas por el rocío y por entre las yerbas, donde brillan gotas como diamantes.

Aunque nada tenía que reprochar á sus huéspedes, á los que, convidados por ella habitaban la quinta y cada uno de los cuales le había hecho la corte más galante y más asidua, se vistió gozosa en un abrir y cerrar de ojos, halagada por la idea de disfrutar de una hora de aislamiento al aire libre y bajo el toldo misterioso de los árboles.

Su traje fué sencillísimo: una *matinée* de seda cruda y un sombrero de paja sin adornos.

Sin llamar á la doncella se vistió, abrió las puer-

tas y bajó las escaleras de la quinta, resonando los tacones de sus zapatos en el silencio de la casa, dormida aún.

Atravesó el césped, cruzó el jardin, salió del parque y saltando un riachuelo, penetró en el bosque.

Corría loca de contento; en el jardin se había creído una flor, en el bosque se creía una driada.

Sólo pensaba en idilios y en dulces escenas mitológicas; los vapores de la mañana se confundían con el vapor, que tal lo parecía, de su ligero traje. Lo que más que todo le encantaba era la frescura matinal.

Soplos, que no se sabía ni de donde venían, le acariciaban la frente, los ojos, los labios, el cuello, cual besos furtivos de labios un tanto fríos. El soplo aquel penetraba por donde quiera, y la condesa estremecíase agradablemente de piés á cabeza, gracias á la tenue brisa que le corquilleaba por todo el cuerpo.

Aspiraba el aire de la mañana; ofrecíase al viento con placer sin igual; sonreía, reía..... De improviso estornudó.

Aquello era otra cosa: se puso muy seria, era indudable que se había constipado.

¡Constiparse!

Se le pondría colorada la punta de la nariz.

¡Qué horror!

¡Bien empleado le estaba!

¿Quién le mandaba salir por el campo á aquellas horas y no estarse muy quietecita en la camal...

Lo peor del caso era que empezó á notar un cosquilleo molesto por demás en las fosas nasales; llevó la mano al bolsillo buscando el pañuelo.....

¡Otra desgracia!

Con la prisa de salir se le había olvidado.....

¡Qué iba á hacer!

El picor era cada vez más vivo.... no había que pensar en correr á su cuarto á proveerse de la fina batista que necesitaba, porque había corrido tanto, que debía estar á media hora lo menos de la quinta.

Seguía la picazón; se hacía insoportable.....

Pensó por un momento en levantarse las faldas y apelar á las enaguas ó la camisa..... Pero, ¿y si por acaso la veía cualquiera? Era cosa de morir de vergüenza por todos conceptos.....

Cogió una hoja y quiso emplearla como pañuelo; pero la hoja se le quebró entre los dedos apenas la apretó; apeló á una flor, pero al aplicarla á la nariz, no hizo sino aumentar el horrible picor de antes.....

¡Qué hacer, Dios mio, qué hacer?

Llegó á decidirse resueltamente por el procedimiento innoble y sucio de las mujeres salvajes ó de la baja plebe, á emplear la propia mano como moquero.....

En esto notó un leve ruido, volviólse y reparó en un muchacho flaco, de mal color y harapiento, que á la puerta de la choza se disponía á sonarse con un gran pañuelo de algodón, limpio y doblado todavía.

— ¡Muchachol ¡muchachol gritó Valentina. Aguarda el pañuelo dámelo, véndemelo..... lo que quieras, pero venga en seguida.

El jovencillo levantó la cabeza, en cuyo semblante se pintaba la soledad y la tristeza, y dijo con voz lenta:

— La conozco á usted muy bien; usted es la señora de la quinta, que está allí, detrás del bosque. Muchas veces pasa usted por aquí á caballo con varios señores..... Yo me escondo para que no me tropiecen; pero me quedo mirándola á usted, ¡que es tan bonita!..... ¿Por qué me ha pedido usted un pañuelo? ¿No tiene usted pañuelos siendo tan rica?

— Sí, tengo muchos, pero eso no importa; dame el tuyo ahora, dámelo en seguida.

— De buena gana; ¿pero qué me dará usted por él?

— Lo que quieras.

— ¿Dinero?

— Dinero; pide el que te parezca y ven á la quinta por él.

— No quiero dinero.

— ¿Pae; qué quieres? ¡Date prisa, por Dios!...

— Quiero á cambio de este pañuelo, uno de usted.

— Bien, bien; mi doncella te lo traerá.

— Aquí estoy todo el día.

— Dame.

— Tome usted.

Por fin..... Lo cogió anhelante y hundió al momento en aquel cuadro de algodón su naricita sonrosada, produciendo un ruido semejante al zumbido de una abeja que se posa sobre un tallo.

Satisfecho así el apremiante afán de la condesa, ésta regresó á la quinta, sin que el amago de resfriado pasara del susto. No olvidó sin embargo, la promesa, la del pañuelo. Le daba en qué pensar, sin embargo, la idea de que un mísero campesino hubiera preferido tan insignificante objeto á una buena cantidad en metálico. Sin duda lo querría para regalárselo á una muchacha de la aldea.

Como quiera que fuese, la doncella de Valentina llevó á la choza del bosque un precioso pañuelo de batista y encajes, con la cifra y la corona de su dueña, la cual no volvió á acordarse de su paseo matinal.

Pero una tarde al obscurecer, paseando también por el bosque, mas no sola, sino del brazo de su amante, distinguió un tenue resplandor entre las ramas. Acercóse, movida por la curiosidad, y se encontró ante la choza, á través de cuya puerta entreabierta vió al pobre muchacho sentado en el suelo, inclinado hacia delante y oprimiendo entre las manos una cosa blanca y ligera que besaba unas veces y con la que, en otras, se enjugaba los ojos henchidos de lágrimas.

Al ruido de los pasos se estremeció, alzó la cabeza, se puso en pie, ocultó rápidamente el pañuelo

bajo la blusa y sobre la carne; apagó la luz, salió de la choza en silencio, como si nadie hubiera de verlo, y se perdió en el fondo del bosque, que parecía más triste y negro que nunca.

CATULE MENDES.

MELANCOLIAS.

¿Por qué te conocí? ¿Por qué aquel día
hacia tí me arrastraron mis antojos
y soñó un cielo la esperanza mía
copiando en los cristales de tus ojos?

¿Por qué te conocí? ¿Qué fanatismo
venció mi voluntad y el alma entera
y me hizo apartarme del abismo
antes de que el abismo me atrajera?

Para sus propios sentimientos ciego,
tal vez cansado, el corazón yacía,
sin ver que estaba palpitante el fuego
donde mi corazón se abrasó un día.

Esclavo me sentí de tu mirada
y temblé como niño ó como anciano,

mientras quedó mi alma aprisionada
en el misterio de amoroso arcano.

Sofé gigante ser siendo pigmeo,
diques quise poner á mi locura
y convertir mi amor en un desec,
y trocar mi pasión en aventura.

¡Engañosa ilusión! ¡Empeño loco!
¡Escrita estaba la fatal condena,
y en lugar de evadirla poco á poco,
los hierros remaché de mi cadena!

Y se habló de pasión, del deber santo,
del pasado fugaz, del bien futuro,
y tus ojos regaron con su llanto
aquel mi templo del amor más puro.

Se agigantó á mis ojos tu belleza,
y al compás de su rítmico latido,
vi un corazón de excepcional grandeza
para sentir y para amar nacido.

¡Aunque de mí te lleve más distante
ese afecto que el mundo no comprende,
así te quiero ver: ¡madre y amante,
mujer que lucha y que jamás se vendel

De aquel arranque noble y soberano
en testimonio fiel, guardo escondida
la rosa deshojada por tu mano
y acaso por tu llanto humedecida.

Llegué á pensar en tan feliz momento,
que el alma con la tuya se fundía
al formarse, de dos, un sentimiento
y al estrechar tu mano entre la mía.

Insengato sofé; fué torpe empeño;
ya de los ojos me arranqué la venda,
ya he despertado de mi dulce sueño,
¡lejos está mi senda de tu senda!

Imposible es vencer en la partida,
cuerta tú, loco yo, sufro vencido;
¡abierta para siempre está la herida!
¡me jugué el corazón y lo he perdido!

Mas ¡ay! tal vez en los revueltos mares
de dudas y tristezas sin ocaso,
en tus horas de llanto y de pesares,
á mi tus ojos tornarás acaso;

que en esa turba audaz de adúladores,
no hallarás una mano que te ayude,
ni una voz que consuele tus dolores,
ni un pecho cariñoso que te esconde.

Mas siempre amante en mi pasión confía,
nunca este amor lo apagará el hastío,
¡siempre á tu alma esperará la mía
hasta juntar tu corazón y el mío!

N. DIAZ DE ESCOBAR

MAÑANA,

La preciosa novela de Enrique Pérez Escrich,

UN HIJO DEL PUEBLO.



PROPERTY OF THE
LIBRARY OF THE
MUSEUM OF
ART AND HISTORY
OF THE CITY OF
NEW YORK
100 N. BROADWAY
NEW YORK, N. Y. 10002

P
N
Y